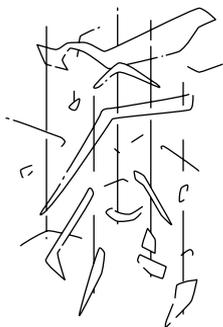


DANIEL JOGLAR
DEJÁ QUE HABLE EL VIENTO



Una torre en medio de la naturaleza, lo que en arquitectura se llama una *folie*: un edificio caprichoso inspirado en los pabellones de verano de la aristocracia renacentista italiana, una fantasía dada a las licencias y a los encuentros clandestinos. Pero, en el tercer piso de esta torre, hay un mirador recubierto por una malla plástica. A través de ella, el paisaje exterior se ve brumoso. “No sé quién puso eso ahí, pero es casi una obra en sí misma”, dice Daniel Joglar, “un mirador que genera una visión distorsionada del exterior”. Sobre esa torre eligió trabajar el artista porque los espacios siempre han guiado su producción. “En mis viajes a Mar del Plata, veía desde la ruta un parque eólico con sus turbinas de aspas gigantescas que giraban en las alturas; yo quería trabajar con esas imágenes, pero cuando por fin las transformé en collage, me di cuenta de que quedaban demasiado ancladas en el objeto. Fue ahí

cuando observé los restos del papel cortado que habían quedado dispersos en el piso del taller. De golpe, el descarte me interesó más que lo medular”. Las ausencias se volvieron presencias; con ellas Joglar hizo impresiones 3D y las pintó con pintura fluorescente *glow in the dark*. Creó una escultura móvil a partir de vacíos. De las hélices originarias solo quedó una corazonada. Suspendida en el mirador, la escultura móvil en lugar de conducir la mirada hacia afuera, imanta el paisaje desenfocado hacia adentro. Es un baño de extrañeza entre las copas de los árboles, una *folie* dentro de una *folie*. Si entramos, se ve como el diorama de un mundo trocado en ramas secas y una podría quedarse ahí adentro toda la noche, como en el poema de José Martí, esperando esa mañanita a la que de golpe a una rama trunca le salga un retoño: convulso, encendido, helicoidal.